

Hume (1711-1776) se ocupó también de difíciles cuestiones relativas a la moral, el arte y el gusto, una preocupación esencial en su época. Es probable que Hume no hubiese aprobado la blasfemia, la inmoralidad, el sexo ni el uso de fluidos corporales como cosas apropiadas en arte. Pensaba que los artistas deben apoyar los valores ilustrados del progreso y el perfeccionamiento moral. Los escritos de Hume y de su sucesor Immanuel Kant (1724-1804) constituyen la base de la teoría estética moderna, de modo que pasará a ocuparme de ellos a continuación.

GUSTO Y BELLEZA

El término «estética» se deriva de la palabra griega que denota sensación o percepción, *aisthesis*. Adquirió importancia como etiqueta para el estudio de la experiencia estética (o sensibilidad) con Alexander Baumgarten (1714-1762). El filósofo escocés David Hume no utilizó este término, sino que habló de «gusto», la refinada capacidad de percibir la calidad en una obra de arte. El «gusto» podía ser totalmente subjetivo; todos conocemos el dicho «sobre gustos no hay nada escrito». Algunas personas tienen colores y postres favoritos, al igual que prefieren ciertos tipos de automóviles y muebles. ¿No ocurre lo mismo con el arte? Tal vez usted prefiera a Dickens y a Fassbinder, mientras que yo prefiero a Stephen King y *Austin Powers*; ¿cómo puede probar que su gusto es mejor que el mío? Hume y Kant lucharon con este problema. Los dos creían que unas obras de arte real-

mente *son* mejores que otras y que unas personas tienen mejor gusto. ¿Cómo lo explicaban?

Los dos filósofos tenían enfoques distintos. Hume insistía en la educación y en la experiencia: los hombres de gusto adquieren determinadas capacidades que conducen a un acuerdo en cuanto a qué autores y obras de arte son los mejores. Esas personas, según él, acababan llegando a un consenso, y al hacerlo establecían un «criterio de gusto» que es universal. Dichos expertos pueden diferenciar las obras de alta calidad de otras menos buenas. Hume decía que los hombres de gusto deben «conservar la mente libre del prejuicio», pero pensaba que nadie debía hallar agrado en actitudes inmorales ni «maneras viciosas» en el arte (entre sus ejemplos figuraban obras de arte musulmán y católico romano echadas a perder por el fanatismo). Los escépticos critican ahora lo estrecho de esta visión diciendo que los árbitros del gusto de Hume sólo adquirirían sus valores mediante el adoctrinamiento cultural.

Kant hablaba también de juicios de *gusto*, pero le interesaba más explicar los juicios sobre la *Belleza*. Pretendía demostrar que los buenos juicios en estética se basan en rasgos de las propias obras de arte, no sólo en nosotros y en nuestras preferencias. Kant trató de describir nuestras capacidades humanas para percibir y clasificar el mundo que nos rodea. Hay una compleja interacción entre nuestras facultades morales, que incluyen la percepción, la imaginación y el intelecto o juicio. Kant sostenía que para actuar en el mundo con el fin de lograr nuestros objetivos humanos etiquetamos gran parte de lo que sentimos, a menudo de una manera no-

tablemente arbitraria. Por ejemplo, los occidentales modernos reconocemos unas cosas planas y redondas que hay en nuestro mundo y clasificamos algunas de ellas como platos para comer. Después las usamos para comer. De manera semejante, reconocemos unas cosas como alimentos y otras como posibles amenazas o como posibles cónyuges.

No es fácil decir cómo clasificamos como bellas cosas como las rosas rojas. La belleza de las rosas no está fuera, en el mundo, como la forma redonda y plana está en los platos. Si fuera así no habría tantos desacuerdos en el gusto. Al fin y al cabo, hay gran coincidencia entre los seres humanos en cuanto a que las rosas son bellas y las cucarachas feas. Hume trató de resolver este problema diciendo que los juicios de gusto son «intersubjetivos»: las personas de gusto tienden a coincidir entre sí. Kant creía que los juicios de gusto eran universales y estaban fundados en el mundo real, aun cuando no sean realmente «objetivos». ¿Cómo se explicaría esto?

Kant es una especie de predecesor de los psicólogos científicos modernos que estudian los juicios de belleza observando las preferencias infantiles por los rostros, siguiendo los movimientos visuales de los contempladores y conveniéndolo a artistas para que hagan imágenes por resonancia magnética (IRMs); véase también más abajo, Capítulo VI. Kant observó que por lo general aplicamos etiquetas o conceptos al mundo para clasificar las entradas sensoriales que se ajustan a una finalidad. Por ejemplo, cuando encuentro en el lavaplatos una cosa redonda y plana que reconozco como un plato, la pongo en la alacena con los demás platos, no en

el cajón con las cucharas. Los objetos bellos no sirven a finalidades humanas corrientes como hacen los platos y las cucharas. Una bella rosa nos agrada, pero no porque necesariamente queramos comérnosla o siquiera cogerla para un ramo. La manera que tuvo Kant de reconocer esto fue decir que algo bello tiene «intencionalidad sin intención». Esta curiosa expresión precisa desentrañarse más.

BELLEZA Y DESINTERÉS

Percibir la rosa roja como bella no es meterla en mi armario mental de cosas con la etiqueta de «belleza», como tampoco me limito a arrojar a la repugnante cucaracha en mi cubo de basura mental de cosas «feas». Pero hay en esos objetos unos rasgos que casi me obligan a etiquetar de esa manera («causan» que lo haga). La rosa tiene sin duda su propia finalidad (reproducir nuevas rosas), pero no es ésta la razón de que sea hermosa. Hay algo en la disposición de sus colores y texturas que impulsa a mis facultades mentales a sentir que el objeto es «como debe ser». Es a esta corrección a lo que se refiere Kant cuando dice que los objetos son intencionales. Etiquetamos un objeto como bello porque promueve una armonía interna o «libre juego» de nuestras facultades mentales; llamamos «bello» a algo cuando suscita este placer. Cuando uno llama bella a una cosa afirma con ello que todo el mundo debe estar de acuerdo. Aunque la etiqueta es impulsada por un sentimiento o consciencia subjetiva de placer, tiene supuestamente una aplicación objetiva al mundo.